

es sobre el cristianismo, y en tal sentido, sobre el mismo Jesucristo, sobre quien recae la odiosidad de todo esto.

¿Pero sobre quién recae la odiosidad de esta odiosidad?

Por lo demás, para afirmar mayormente esta conclusión, al mismo tiempo que la hace caer M. Renan sobre el Cristianismo, se empeña todavía otra vez en librar de ella á los enemigos de Jesús. Como si la sangre que quiere borrar de sus manos y de su frente, reapareciera de continuo, acusándole como cómplice, no teme, en un capítulo especial que tiene por título, SUERTE DE LOS ENEMIGOS DE JESUS, insultar á la conciencia humana, á la Providencia y á la historia, presentando á Pilatos "como no habiendo en su re- "tiro pensado un momento en el episodio olvidado que debía transmitir su "triste fama á la posteridad mas remota."—"A Hanan, siendo tenido por "uno de los hombres mas dichosos de su siglo, y al verdadero culpable de la "muerte de Jesus, pasando su vida colmada de consideraciones y de hono- "res;" y finalmente, de Judas, que no parece tener otra culpa á los ojos de M. Renan, que la de haberse arrepentido de su crimen, dice con un refina- miento de piedad moral: "Tal vez, retirado á su campo de Hakeldama, es "decir, campo de sangre como se llama por los judíos mismos, porque fué "comprado con el precio del Deicidio (1), llevó Judas una vida tranquila y "oscura, mientras sus antiguos amigos conquistaban el mundo, divulgando "por él la noticia de su infamia (2)."

Si entrando en la via que me abre M. Renan, quisiera tomarme como él licencia de hacer conjeturas, podria decir: Tal vez no murió Judas y anda todavía vagando por la tierra.... Tal vez, poseido siempre del mismo espíritu de apostasia y de odio que le animaba, trata en todo tiempo de vender al HIJO DEL HOMBRE con un beso.... Tal vez M. Renan solo es un seudónimo suyo, y el Iscariote el verdadero autor de la Vida de Jesus....

¡Quimera! direis. Convengo en ello: pero no obstante, quimera por quimera, esta no es contraria á toda verosimilitud moral como la de M. Renan.

Porque efectivamente, es una verdad que no ha muerto el espíritu de Judas, aquel espíritu que entró en él cuando cometió su sacrilegio (3), y que domina de continuo en los hijos de la incredulidad, como dice San Pablo [4].

Y solo Judas ó el espíritu de Judas en el mundo, podria yo añadir, puede interesarse de tal suerte por Judas.

(1) Actos, I, 18, 19.

(2) Vida de Jesus, p. 435 y 428.

(3) Intravit autem Satanás in Judam, Lu. XXII, 3.

(4) Spiritum qui operatur in filios diffidentiae, ad Ephes. II, 2.

CAPITULO XII.

MUERTE DE JESUCRISTO.

Fuerza es que nuestros lectores se resignen á un nuevo dolor, el de ver el suplicio de Nuestro Señor JESUCRISTO degradado y agravado por M. Renan.

Fiel, en efecto á su sistema de alterar el Evangelio, segun sus miras impías, va á seguir el divino relato paso á paso para eludir, suprimir ó eclipsar todo lo que en él tiene un carácter histórico de grandeza divina y de verdad.

Su método para ello es siempre muy sencillo.

Nunca es verdadera ó falsa ó dudosa en si misma una circunstancia, un rasgo, cualesquiera que sean las condiciones históricas que lo justifiquen; pero llega á serlo relativamente á su importancia en el debate ó discusion.

De lo que se sigue, que con M. Renan siempre hay seguridad de saber cuáles son los rasgos que llevan en si, que determinan, que tienen un gran valor testimonial y de verdad.

Tales son todos los que él pone en duda, disimula ó altera.

En esto, es su libro de una rara utilidad que no me cansaré de repetir; la de ofrecernos el criterio á contrario, de la verdad de nuestra fe.

Esto es lo que hemos visto hasta ahora, y lo que vamos á ver aun hasta el fin.

L.
La reflexion que hemos hecho al principio del capítulo precedente, sobre el carácter del relato evangélico de la pasion de NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, adquiere mas fuerza al parecer, conforme se llega á su suplicio y á su muerte. Estos instantes solemnes se contraen, en cierto modo bajo la pluma de los evangelistas, en rasgos mas ó menos sóbrios, precisos y contados. Ningun pormenor ocioso, ninguna reflexion que les sea propia, ningun impetu de emocion. Todo, hasta una coma, se halla dictado en ellos por inspiracion de la verdad misma, y burilado por la autenticidad. Ellos dan un testimonio autorizado por los notarios públicos de la historia. Son las últimas palabras (*Novissima Verba*) del Amor eterno inmolándose á la Justicia infinita por la salvacion del mundo, recogidas por una piedad filial, cuyo respeto garantiza su fidelidad. Es todo lo pasado profético y todo el porvenir

evangélico, testigo y fiador de la verdad de ese punto eterno en que se *consuman*. Es finalmente, la ley de gracia ó de reprobacion experimentada para siempre por la vida ó la muerte del mundo.

Esto es lo que viene á atacar M. Renan. Al pie de esta cruz es á donde viene á enroscarse la serpiente de su critica y á exhalar su veneno y á afilar sus dientes.

Comienza privando á la victima del interés compasivo de aquel gentio piadoso y de aquellas santas mujeres que le seguian llorando por el camino de su suplicio. Y para eclipsar esta circunstancia que refiere San Lucas, tan honrosa para la naturaleza humana, y que hacen tan verosímil todos los beneficios con que sembró Jesus la Judea, le basta esta sencilla nota: "Esta circuns-
"tancia, Lucas XXIII. 27, 31, es de aquellas en que se advierte el trabajo
"de una imaginacion piadosa y enternecida. Las palabras que en ella se
"prestan á Jesus no han podido escribirse sino despues del sitio de Jerusa-
"len (1)."

Estas palabras, recuérdese que son aquellas en que refiriendo ó aplicando (bondad admirable en tal momento!) á quellas santas mujeres las lágrimas de que él era objeto, predijo los horrores del sitio de Jerusulen. Este testimonio de divinidad que resulta de esta profecía, es lo que ha motivado la supresion.

Pues bien, esta profecía se halla referida en otra parte por San Mateo y por San Marcos, y finalmente la confiesa y reconoce el mismo M. Renan, como hemos visto al fin de nuestro capítulo sobre las profecias.

M. Renan pues, para negarla, atribuye gratuitamente á la imaginacion piadosa y enternecida de San Lucas un episodio, cuya verosimilitud no puede desconocerse sino por una imaginacion prevenida y hostil.

La gran palabra: "PADRE, PERDÓNALES, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN," palabra tan conforme con el carácter del SALVADOR, tan aplicable á los enemigos de JESUCRISTO, y por esto mismo tan despreciada por ellos, debia serlo por M. Renan. Sin embargo, M. Renan reconoce que esta palabra debió sentirse por el corazon de Jesus; pero no admite que la pronunciaran sus labios.—¿Por qué?—Sin duda, porque estaba en su corazon.—"Segun una tradicion, dice, pronunció Jesus esta palabra, que estuvo en su corazon, ya que no en sus labios: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen."—Despues, como si no fuera bastante lanzar esta sospecha sobre la Escritura que él llama tradicion, dice en una nota:—"En general las últimas palabras que se atribuyen á Jesus, sobre todo tales como las refiere San Lucas, dan ocasion á dudas, y en ellas se advierte la intencion de edificar ó de mostrar el cumplimiento de las profecias. (2)"

La intencion de edificar ó de demostrar el cumplimiento de las profecias podria confesarse ó reconocerse seguramente, aunque no apareciera en los Evangelios, y sobre todo aquí donde no se trata de profecía. Pero

un testimonio autorizado por los notarios publicos de la historia. Son las mismas palabras (Verbo) del Amor eterno inmutables y eternos. (1) *Vida de Jesus*, p. 418. (2) *Id.*, p. 421.

¿qué decir de la intencion de escandalizar y de desmentir las profecias y los relatos mas dignos de fé, única regla de vuestra critica?

M. Renan no puede creer que estuviese al pié de la Cruz MARÍA, madre de Jesus. Admite á todo el mundo, escepto á ella, y solo la tolera á cierta distancia. ¡Hé aquí cómo rechaza la gran palabra por la cual su divino Hijo la legó por Madre á todos los cristianos!

Ya vengaremos este artículo del testamento divino, en un capítulo final sobre la VIRGEN MARIA. Digamos solamente aquí, que no es ahora sobre San Lucas, sino sobre San Juan, sobre quien M. Renan hace recaer toda la malevolencia y toda la impotencia de su critica. "Si hemos de creer á Juan, dice, María madre de Jesus, se halló tambien al pié de la Cruz."

¿Y por qué no se ha de creer á Juan, bajo todos conceptos, mas que á M. Renan, que solo le opone esta ofensa?

"Los sinópticos, dice, están acordados en colocar al grupo fiel lejos de la Cruz, á Juan, dice, á un lado, dominado por el deseo que tiene de hallarse muy próximo á la Cruz de Jesus. (1)"

Fuerza es dolerse de M. Renan por comprender de esta suerte al discipulo de la caridad, atribuyendo un deseo tan vano á su alma apostólica, y por no ver hasta qué punto muestra él mismo aquí el triste deseo de que se halla dominado.

M. Renan omite el hecho «de haber echado suertes sobre las vestiduras de Jesus,» no obstante recomandarse á su incredulidad por caracterizar el cumplimiento de su profecía. «Se repartieron mis vestiduras y echaron suertes sobre mi túnica (2).»—Pero es verdad que tenia que habérselas contra los cuatro Evangelistas.

La admirable escena del buen ladrón, en que el Salvador del mundo, en lo mas fuerte de la crueldad que le inmola y de la postracion á que se ve reducido, hace brillar la grandeza de su gracia y la riqueza de su gloria, perdonando toda una vida criminal, y disponiendo para ella de un sitio en su reino, no es del gusto de M. Renan, y al paso que admite, sin embargo, los ultrajes del mal ladrón, no admite el arrepentimiento del bueno. En general, tiene la desgracia de no creer en los buenos instintos de la conciencia humana. «Aquí ha modificado Lucas la tradicion, dice, siguiendo su gusto por la conversion de los pecadores (3).» ¿Como si fuera la conversion de los pecadores un hecho aislado y un gusto singular en una obra que ha tenido por único objeto la conversion del mundo, y particularmente en el momento de este sacrificio, que difundia sobre el mundo la gracia de esta conversion!

M. Renan que despoja el relato de la muerte de Jesus de todo su carac-

(1) Salmo XXI, 19.

(2) *Id.*, *id.*

(3) *Vida de Jesus*, p. 424.—*Id.*, p. 421.

ter, no solamente divino, sino moral, se fija en compensacion, en imaginar y presentar todo su aspecto material y fisico, dedicando á este objeto toda una página en que hace de él una descripcion anatómica. «Todo induce á creer, que alcabo de tres horas, le causó una muerte súbita la ruptura instantánea de un vaso del corazon (1).»

Bajo el solo punto de vista del gusto y del arte, este gran asunto de la *Crucifixion*, que ha inspirado tantas obras maestras y agotado tantos genios con su *inacontecible* sublimidad, no ha tentado siquiera la fantasia de M. Renan, sino es para reducirlo á las proporciones y á las condiciones de una ejecucion vulgar.

La sed del divino Crucificado y aquella divina palabra: *SITIO*, palabra de- liberada por el Dios moribundo, porque, «sabiendo que se habian cumplido todas las profecias, no faltaba mas que este rasgo á su consumacion [2], solo inspira á M. Renan esta nota: Marc. XV, 23; Mat. XXVII, 34 (á la que hubiera debido anadir, Juan XIX, 28), falsificando este pormenor para obtener una alusion mesiánica al Salmo LXIX, 22 (3).»

Por consiguiente, esta palabra suprema: *Consumatum est!* que cierra el Antiguo Testamento y abre el Nuevo, que debía repetir el eco histórico de un extremo á otro de los tiempos, y cuya influencia debía afectar los destinos eternos de los seres,—esta palabra central, á cuyo alrededor se desarrolla todo en el mundo,—no tiene valor alguno para M. Renan.

«Súbitamente, dice, lanzó un grito terrible (voce magna) que unos entendieron por: ¡Oh Padre, entrego mi espiritu en tus manos! y otros mas preocupados con el cumplimiento de la profecia (no hay nada como un hombre preocupado de una idea fija para ver una preocupacion contraria en todos los que no participan de la suya) entendieron por estas palabras: «¡Todo se ha consumado! E inclinando su cabeza sobre su pecho, espiró (4).»

El Evangelio y la misma historia profana refieren que á este último aliento del Crucificado se estremeció toda la naturaleza, como para manifestar su duelo por su Autor y para justificar aquel grito misterioso de que dice Plutarco: «¡El gran Todo ha muerto!» Añade el Evangelio que á este espectáculo, el centurion romano que presidia el sepulcro y el grupo que estaba con él, se golpearon el pecho y bajaron del Calvario gritando, sobrecogidos de temor: *¡verdaderamente era este el Hijo de Dios!* (5).

M. Renan no dice una palabra de todo esto. ¡Cuán cruel es la impiedad para los suyos, no solamente prohibiéndoles admirar todo lo mas grande y mas santo que existe, sino condenándoles al trabajo forzado de la negacion, de la envidia, del menosprecio y del odio!

(1) *Vida de Jesus*, p. 425.

(2) Juan, XIX, 28.

(3) *Vida de Jesus*, p. 419.

(4) *Id.*, p. 426.

(5) Matth. XXVII, 54.—Marc., XV, 39.—Luc., XXIII, 47.

Pero en esto sirve las miras de la verdad, haciéndola resaltar con la prueba, y embelleciéndola con la iniquidad.

Así, M. Renan no advierte que deprimiendo como se ha cebado en hacerlo tan ingratamente la muerte de Jesus, ha suministrado una nueva demostracion de su divinidad.

Voy á intentar mostrarlo.

II.

Dos modos hay de probar la verdad; el uno es haciendo ver la belleza y la forma de sus caracteres; el otro es mostrar que quitando estos caracteres, es un error lo que resta.

Así, la divinidad de JESUCRISTO resalta de todos aquellos rasgos de su vida y de su muerte, que obligaron á decir tan justamente á Juan Jacobo: «Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios.» Pero, suprimanse estos rasgos, retíreseles, y tendreis otra prueba de esta divinidad, por la imposibilidad en que os pondreis de explicar sin ella todo lo que ha seguido.

Esto es lo que acaba de hacer M. Renan, como para producir este resultado.

Ha quitado uno á uno todos los rayos de la divinidad de JESUCRISTO en su muerte, convirtiéndole en un muerto vulgar y ordinario.

Lo ha hecho, no solamente en la parte exterior, sino en lo que ha supuesto pertenecer á lo interior, en las intenciones y en las miras de JESUCRISTO. Y ha disimulado ó eclipsado en Jesus ese plan único, tan admirablemente sostenido, que aparece de un extremo á otro de su vida, y que hace de él una víctima tan bella en todo; la redencion de la humanidad; la voluntad de sellar la nueva alianza con su sangre. Y en su lugar nos ha representado á un frenético que quiere *hacerse matar* para concluir; que en la fuerte angustia que le causaba, segun la fé, la imputacion de los pecados del mundo, solo le agitaba el pensamiento de no volver á ver á su hermosa Galilea, y el recuerdo de las jóvenes doncellas que hubieran podido amarle; y que en fin, hasta en la solemnidad de su sacrificio *se arrepintió de padecer por la raza vil* que le inmataba (1).

En una palabra, ha humanizado perfectamente á JESUCRISTO.

Pero en esto ha probado perfectamente, por las absurdas consecuencias que van á resultar, que no puede ser JESUCRISTO un puro hombre.

Y en efecto:

¿Cómo pudo cambiar la faz del mundo este muerto, semejante en todo á los demás muertos, segun M. Renan, y cómo tuvo mas accion que ninguna otra vida? Comuamente la vida es la que funda y la muerte la que derriba; mas en Jesuscristo es á la inversa, pues su misma vida fué infecunda y solo en su muerte y por su muerte, redimió al mundo. De lo alto de su cruz fué de donde lo atrajo todo á sí y lo sacó de todo: y en aquel cadalso y en

(1) *Vida de Jesus*, p. 424.

este estado es donde continúa, al cabo de dos mil años, santificando y vivificando al mundo.

Considerad cómo se presenta esta muerte por JESUCRISTO mismo y por el Evangelio, y entonces se os aparecè proporcionada al acontecimiento que ha efectuado, tanto mas, cuanto que fué predicho por JESUCRISTO este acontecimiento, mostrando así que era autor de él desde el principio. Es verdad que os es preciso creer en una intervencion sobrenatural; pero esta creencia no hace mas que elevar la razon á un orden superior, sin oponerse á ninguno de sus principios, satisfaciendo tambien, además de esta lógica, que es su ley, sus mas nobles y mas santas aspiraciones.

Por el contrario, despojad á este muerto de su carácter sobrenatural y divino; que no sea Jesucristo sino lo que nos presenta M. Renan, y entonces, cuanto mas lo reduzcais á esta proporcion, mas se acrecerá su desproporcion con el acontecimiento, y mas imposible será que se relacione con este. Entonces nos hallamos con lo absurdo: con un efecto sin causa; peor aun, con un efecto incalculable que tiene por causa un nada, una monstruosidad que hace perder la razon; por consiguiente, una de las pruebas mas fuertes, á contrario, de la verdad de nuestra fé.

Como para servirla mas aun, hace notar M. Renan que en aquel tiempo abundaban en la Judea falsos mesías, pero que todas sus diversas tentativas tenian el mismo resultado: "al año siguiente se olvidaba su muerte (1)."

Y hasta la muerte de JESUCRISTO recibe aun despues de dos mil años, la lanzada del impio, sin que le haga la menor herida, ¡y antes constituye la única celebridad de este ataque insensato! Unica muerte que burlándose de la muerte misma vencida por ella, ha podido decirle: "¡Oh Muerte, dónde está tu victoria! ¡Oh Muerte, dónde está tu aguijon! (2), ¡Oh Muerte, tú te has perdido en tu triunfo! (3). ¡Oh Muerte, oh Muerte, yo soy tu muerte! (4).

CAPITULO XIII.

LA RESURRECCION.

Inspirándose sin duda Chateaubriand, en sus *Mártires*, con las grandes palabras de la Escritura que acabo de citar, representa á las puertas del Infierno á la Muerte, teniendo en una mano su guadaña, y ocultando con la

[1] *Vida de Jesus*, p. 62.

[2] *Corinth.*, XV, 53.

[3] *Id.*, id., 54.

[4] *Oseas*, XIII, 14.

